

LOS DESPOSADOS DE LA NIEVE



## LOS DESPOSADOS DE LA NIEVE

En torno de la mesa - libre ya del servicio de la cena - sobre la terraza del café, en aquella madrugada fuertemente cálida, los cuatro periodistas veían llegar el día, en la ascensión lenta del alba, bajo las nubes viajeras. Y Adrio, el más joven, tomó así la palabra:

-Cuando en mi viaje trasandino estuve instalado en la sala galería del hotel de aquel balneario termal, respiré ampliamente. El celador del edificio, su único habitante en invierno, hizo fuego en la chimenea, y una tibieza regeneradora fué extendiéndose por mis miembros fatigados.

La última parte de la jornada de ese día la hice, con los guías, a la carrera. El cielo, repentinamente, se puso amenazador, bajando, todo espeso y gris, hasta los picos altos. Una niebla oscura limitaba los horizontes, y grandes ráfagas de viento, zumbando extrañamente, nos obligaron muchas veces a echarnos contra el suelo para no ser arrollados. La temperatura descendió con violencia, y nuestras pisadas ya no imprimían huella alguna sobre la nieve, de una dureza marmórea. Así, eran bienhechores aquella casa y aquél fuego.

-Mal tiempo viene- dijo el celador en tanto que animaba las brasas - mal tiempo, sobre todo, para esos dos jóvenes. . . Pobre niña! . . . Sí -continuó a una interrogación mía- llegaron hace una semana, pero la niña venía enferma de cansancio y tuvieron que interrumpir por unos días el viaje. Esta mañana se fueron, a pesar de mis consejos: conozco la cordillera, y sabía que esto iba a suceder. Y como la niña no puede andar a prisa, van despacio, y hasta esta tarde no hubieran llegado a la parada siguiente. Pero ahora, con este tiempo, figúrese a los dos, solos, sin ningún guía, en esos parajes.

Mientras el hombre hablaba, surgía en mí un recuerdo. Pocos días antes, en la capital chilena, leí en los diarios, con la indiferencia del transeunte, el relato de una aventura romántica.

Se trataba de dos jóvenes menores de edad, de familias distinguidas, cuyos amores, contrariados por el padre de ella, de modo tenaz y sin causa justificativa, tuvieron el desenlace imprevisto del rapto y la fuga, simultáneos, y misteriosos, pues no se pudo averiguar el derrotero por ellos seguido. Y he ahí que les encontraba yo en mi viaje -viaje imprudente al través de la gran cordillera nevada, en toda la crudeza del invierno - y ahora marchaban, solitarios e indefensos bajo aquellos preludios de una tempestad formidable. . . Quise enviarles ayuda, e hice una oferta a los guías.

-Es imposible, señor -me contestaron. - No sabe usted lo que viene; mire afuera.

El hotel estaba situado sobre una eminencia. A la izquierda, a unos sesenta metros, abajo, erguíanse tres casas de piedra, deshabitadas durante el invierno. Frente, próximo, suspendido sobre una sima, ancha y profunda -el lecho de un río congelado- destacábase el admirable trabajo en granito del Puente del Inca. Más allá, la helada planicie, descendente, ondulosa, accidentada, como un mar de espuma endurecida. Y a derecha, a izquierda, adelante y atrás, barrancas, colinas, cerros, picos, en engranaje raro, en complicado escalonamiento, hasta los cielos, de masas blancas.

Y sobre todo aquello, la tempestad avanzaba, caía en grandes nubes, bajo una fatídica penumbra crepuscular, que desfiguraba los objetos, dándoles aspectos fantásticos. El espacio se llenó, de pronto, de una extensa floración blanca: nevaba. De lo alto venían rachas furiosas: barrían la nevada, la esparcían, la amontonaban, construyendo con ella pirámides, columnas, puentes, cascadas densas y mudas. Y un paisaje nuevo iba naciendo, distinto del otro, cuya formación caprichosa imitaba en pequeño, con símbolos de nieve, las solidificaciones del período geogénico.

El cielo nubloso giraba, giraba vertiginosamente, sobre los picos, sobre los cerros, sobre las colinas, y descendía, descendía más aún, como en el ansia de un monstruoso consorcio con la tierra. El hotel temblaba y crujía, cual un barco en la cólera del océano. Los

truenos tenían vibraciones sordas, ahogadas por el aullido de los vientos, por el choque de las cosas. Oíanse estampidos de cañonazos, y bloques enormes reventaban. De todas partes se levantaba un alarido inmenso: diríase que las fuerzas activas de arriba torturaban cruelmente a las fuerzas pasivas de abajo.

A intervalos había una tregua. Todo callaba entonces, inmovilizándose en un gesto siniestro, en una contorsión desesperada. Después volvía el recrudecimiento horrible, el torbellino caótico, el paroxismo delirante. Grandes masas níveas rodaban y se deshacían en algún abismo, rellenándolo al momento. Tras derrumbes fragorosos de antiguas moles de hielo, improvisábanse vórtices hondos, de cuyos bordes pendían flecos y encajes de escarcha. En seguida, una ráfaga los destruía, aventándolos, desgranándolos en todas direcciones.

Y la tempestad aumentaba cada vez más. Un cóndor pasó con las alas tendidas, impelido, arrastrado por el huracán. Hordas de nieblas irrupcionaban; subían, en asaltos heroicamente salvajes, hasta las más inaccesibles cimas; bajaban en remolinos a la llanura; danzaban, como espectros enloquecidos, sobre los precipicios, y huían perdiéndose en fondos arcanos, iluminados un segundo por la luz parpadeante de los relámpagos. Millones de copos de nieve volteaban en el aire en legiones compactas, entre las cuales pululaba el zigzagueo rojizo de los rayos. El paisaje entero era como un mar borrascoso, donde las olas se sucedieran incesante, rabiosamente. Y siempre, en todos los sitios, el aullido de los vientos, el alarido de las cosas, la angustia convulsiva de la naturaleza, el pavoroso conflicto de los elementos. . . .

En esto, voces de espanto sonaron cerca, y todos los ojos, desmesuradamente dilatados, fijáronse en un punto. En las cumbres de la izquierda, la nieve aglomerada allí no pudo sostenerse más, y desprendióse por la ladera en un alud grande como una montaña. Inició un descenso cambiante, saltando de pico en pico, por aquella desigual y dilatada gradería. Arrastraba las rocas, sacándolas de cuajo; atropellaba las otras nieves: arrollaba cuanto encontraba al paso, devorando, asimilándose todo, engrosando más y más, hasta adquirir proporciones colosales. Flanqueó las cumbres, salvó los cerros y las colinas inferiores, y dirigióse recta hacia nosotros.

El terror desencajó los rostros: íbamos a morir aplastados, despedazados. Los latidos de los corazones repercutían en el cerebro cual dobles de campanas; y en una ansiedad suprema, veíamos avanzar la gigantesca ola maciza, animada como por una voluntad destructora. . . Pero, de súbito, ya muy cerca, torció bruscamente de rumbo; trazó una curva rápida, y continuó su marcha paralela, envolviendo las tres casas cerradas, arrancándolas de raíz, yendo a hundir, con el estruendo de un cataclismo, su carga de nieves y de piedras, en el lecho del río congelado.

Aquello fué la crisis de la tempestad. Gradualmente empezó a decrecer, y al fin se disipó en un rumor sordo, de escuadrones en fuga. De las roturas de las nubes cayeron los rayos lánguidos de un sol de ocaso; y todo el paisaje, blanco y desolado, quedó sumido como en la inercia de un gran desfallecimiento. . . .

-¿Y ellos, los amantes fugitivos? - le preguntaron al narrador, que había enmudecido.

-Al día siguiente - respondió - llegamos temprano a una casita de correos, donde la tempestad había tejido maravillosos arabescos de hielo. Formaban extrañas flores, con todas las gradaciones de lo blanco, desde el azul, color de espuma marina, hasta el amarillento de los viejos mármoles sepulcrales.

Entré, el primero, en aquella choza cincelada en nieve por la tormenta. Al principio nada ví. Luego vislumbré, sobre la alfombra glacial, unos brazos enlazados fuertemente a un busto de mujer, a un busto delicado, fino, de una primorosa estatuaria. Removí la nieve, y aparecieron dos rostros de adolescentes. En la quietud rígida de las facciones, los ojos, abiertos, tenían aún la expresión de un terror supremo. . . Eran ellos, los dos amantes fugitivos, durmiendo ya el postrer sueño nupcial dentro de aquella tumba cristalina y fría. Estaban estrechamente unidos, y sus ropas deshechas por el horrible viaje, les dejaban los cuerpos semidesnudos: -alabastros palidecientes en la blancura brillante de aquel lecho mortuario.

Y sin duda en su patria les creen huéspedes de algún país distante, en plena vida de juventud y amor! . . .

# VIOLETAS

A Angel Gallardo





## VIOLETAS

-¿Sabes? - le dijo a Jorge, un mediodía, Antonio, su amigo y compañero de juegos- aquella niña tan rica, que cuando pasaba en su coche te saludaba, ha muerto; esta tarde la enterrarán.

En efecto, Maud, la soberbia diva, tan célebre por su voz y su belleza como por sus caprichos, a veces perversos, a veces de una bondad sorprendente, había muerto en la mañana, de una pleuresía violenta, adquirida la semana anterior, a la salida del teatro, en el comienzo voluble del invierno bonaerense.

Y al comentar su muerte se recordaba la última noche de su aparición en público. Concluía el segundo acto de Sansón y Dalila, en que la diva no trabajaba, cuando se presentó en un palco, sola. Y todas las miradas de la concurrencia - concurrencia numerosa y fastuosa, de función de gala - volaron hacia la actriz, como arras-tradas por un viento irresistible.

Vestía un traje de seda, cuyo tinte, sombríamente rojo, le hacía resaltar la blancura nivosa del cuello y del nacimiento del pecho. Sujeta allí por delgado hilo de oro, una estrella de rubíes lanzaba sobre aquella nieve palpitante, reverberaciones sanguíneas. Y esa noche estuvo avasalladora, en el esplendor olímpico de su figura, como si dentro de ella cantara, victoriosa, la vida. . . Dos horas después, en el lecho, sentía los primeros síntomas de la dolencia mortal.

La carroza se desprendió del frente del hotel, seguida de una

---

---

Y mientras el cortejo desfilaba lentamente, en la tarde pálida, en el cerebro del chicuelo surgía un recuerdo lejano.

Dos años antes, Jorge, con su traje ligero de tela parda, y una cesta de violetas sobre la cabeza, recorría la Avenida de Mayo, pregonando sus flores con voz que era ya un lamento. La mañana estaba turbia, destemplaba. Del pesado cortinaje de nubes bajas, fijas en el espacio, tamizábase una polvareda de lluvia, fina y fría, que envolvía a los transeuntes en caricias glaciales.

Tres horas llevaba el pobre Jorge de vagar por la ciudad, con aquel tiempo cruel, y aún no había vendido un solo ramo de violetas. La fatiga, el desaliento le agobiaban; sentía en el alma un frío punzante, tan punzante como el que le producía en el cuerpo el aliento helado de aquella mañana. Y renunciando continuar con sus gritos inútiles, presa de súbito anonadamiento de la voluntad, se refugió en el zaguán de un hotel magnífico; un zaguán amplio y hermoso, en donde flotaban tibiezas dulces. Pero no pudo permanecer mucho tiempo allí: apareció el portero y le echó fuera. Se sentó en el suelo, contra uno de los ángulos de la puerta de entrada: puso la cesta a sus pies, y, como pájaro entumecido, se acurrucó, poblada la cabecita de ideas angustiosas. . . . ¡Qué terrible se le presentaba la imagen de su regreso a la casa, tiritando de frío y sin dinero! Tampoco comerían ese día él, su hermana ya adolescente, su madre enferma!

Pensando, pensando, el cerebro se le cubrió poco a poco de una niebla espesa, en la cual se ahogaron todas las ideas. Sus pupilas entornadas copiaron un momento las visiones fugitivas de los coches, de las bicicletas y de los pasantes a pie, en el desfile presuroso provocado por la lluvia. Luego, cerró por completo los párpados, y quedó al fin inconsciente, dormido. . . El ruido de un carruaje, parado bruscamente ante la puerta, le despertó. Y no tuvo tiempo sino para levantar del suelo la cesta de violetas y mostrarla a la joven que saltó del coche, y que entraba en el zaguán.

-Niña, ¡cómpremelas! . . . .

Este grito lo lanzó Jorge con acento de desconuelo desgarrador,

mezcla de sollozo y de súplica, porque veía alejarse aquella última esperanza de vender sus flores. Y la niña, Maud, volvióse rápidamente; contempló silenciosa al chicuelo, y asaltada, quizás, por uno de sus caprichos, le llamó y subió con él a su departamento.

Allá, en la alcoba, caliente como un nido, le hizo ella mil preguntas; y él, con la concisión gráfica y conmovedora de su lenguaje infantil, lo dijo todo: -su mamá, vendedora en un mercado, llevaba quince días de estar en cama, en la casucha que habitaban en los suburbios: él se vió obligado a dejar la escuela, para cuidar con su hermana a la enferma; el dinero fue escaseando hasta el extremo de no tener ya aquella mañana para comprar ni un poco de pan; entonces su hermana le sugirió la idea de salir por la ciudad a vender las violetas cultivadas por ella en el patio de la casa. . . y desde las nueve andaba por las calles gritando, ¡gritando infructuosamente!

Al concluir Jorge de hablar, Maud le hizo servir una taza de té con leche y pastas abundantes, que él devoró con delicia. Y cuando regresó a la calle, ya sin la cesta de violetas, su carita resplandecía, y acariciaba con la mano, dentro del bolsillo, un fajo de billetes de banco -diez billetes muy grandes, como él nunca los había visto.

Aquello fué una fortuna, caída, a manera de bendición celeste, en el hogar miserable de Jorge. Días después, curada de la enfermedad, pudo su madre hacer en mayor escala, con ganancias halagüeñas, su comercio en el mercado; y Jorge entró nuevamente en la escuela y estudiaba con afán, pues quería, cuando fuera grande, "ser doctor".

Transcurrieron dos años sin volver a encontrar a su protectora, a pesar de que rondaba, una tras otra semana, frente al hotel de la avenida. Pero una tarde, un jueves, hacía de ello un mes, jugando con Antonio en el parque de la Recoleta, pasó ella en un coche, camino de Palermo. Le reconoció; le saludó risueña, y él no faltó ya ninguna tarde a la Recoleta, para verla pasar. Y pasaba "linda como una imagen," y le saludaba. Y aquellos saludos eran alegría en el alma del chicuelo. . . "¡Pobre niña! Ella tan buena había muerto, y la llevaban en aquella carroza al cementerio!" ¡Al cementerio! del cual sabía Jorge historias terroríficas, y cuyo es-

pectáculo, aún en pleno sol, le causaba siempre un secreto escalofrío!

La carroza llegó al término de su viaje, al inmenso y apartado cementerio del oeste. De los coches bajaron unos cuantos señores y se agruparon ante la fosa, abierta en la tierra negra y blanda. Al borde se levantaba la lápida de mármol, inclinada ligeramente sobre la abertura, formando así una boca enorme, pronta a devorar su presa.

El acto final fue rápido, bajo el crepúsculo agonizante. El féretro descendió a la tumba. Cayó sobre él la tierra morena, luego la lápida blanca. Los señores se alejaron conversando y fumando, y abandonaron el recinto en sus coches. Se fueron el sepultero y su ayudante; y el cementerio recobró su mutismo triste.

Entonces, de entre los árboles, surgió como un duende enlutado, Jorge. Se acercó con paso medroso a la fosa recién cerrada, y descubriendo el objeto, hasta allí oculto por el paño blanco, una cesta de violetas, regó aquellas flores sobre la tumba de Maud.

-“Adiós, niña buena! . . . .”

Y se fué a la carrera, por la estrecha calle de árboles, donde la noche naciente ponía grandes velos de sombra. . . . .

# **PENSATIVAS**

**A Pedro Díaz Sáenz Valiente.**



## PENSATIVAS

Ante el espejo de su tocador de mármol rosa - donde flotaba perenne el perfume de su mezcla favorita - Carmen se despojó de su traje de baile, lentamente. Envolvióse en un peinador blanco; abrió la ventana, y se reclinó sobre el alféizar, entregando su cabeza al aire fresco de la madrugada.

La noche, noche tibia de octubre, estaba cerca del occidente. En el cielo descogíanse grandes sábanas de nubes, de un gris tan pálido que resultaban blancas. En ellas, en el cenit, la luna, en menguante, era una curva, fina navaja de acero, rasgando un ropaje femenino para descubrir los misterios del cuerpo. La calle estaba desierta; y en el silencio grave de aquella hora avanzada, todas las palpitations de la naturaleza en reposo vibraban isócrona y sonoramente.

La frialdad dulce de la hora fue benéfica para los nervios de Carmen, exacerbados por las impresiones del baile. Sus pensamientos, confusos y candentes hasta entonces, poco a poco se ordenaron, y pudo al fin emprender el análisis exacto de sus recuerdos.

Sí, aquello era un hecho. . . ¡todo había concluído! De aquel amor sólo le quedaba una certeza desoladora: la de algo por siempre ido. . . ¿Cómo empezó el enfriamiento? ¿Cómo surgió la ruptura final? Ella misma lo ignoraba. Tonterías de él; nada en verdad. Y sin embargo, la valla creciente de orgullo, de hielo, formada entre ambos, lo presentía, no desaparecería ya nunca.

Pero ¿por qué era él así? ¿Por qué no era como los demás? Sus amigos conducíanse con sus "festejantes" del mismo modo; por causas nimias, justas o injustas, mostrábanse frías, a veces altaneras,

y ellos obtenían el perdón, sometiéndose a todas las actitudes y exigencias de ellas. Y él tan orgulloso! fue inflexible en su altivez tranquila. Y pretendía así la manifestación franca de un amor que, en su naturaleza de niña hermosa y admirada, no lo habría manifestado abiertamente sino después de un tiempo de pruebas, de abnegaciones de parte de él y de esquiveces aparentes de ella. Todas procedían así: ¿caso era menos que las otras? Sólo él, lleno de ideas absurdas y extrañas, fue refractario a esa costumbre tradicional. De ahí aquella situación irritante establecida entre los dos, de indiferencia, de inseguridad, de intransigencias mutuas, comenzada por un alejamiento gradual, y cuyo fin era esa ruptura y la partida de él, al día siguiente, lejos, muy lejos, para siempre quizás! .

El ruido de un coche interrumpió el silencio nocturno. Se acercaba, brillando en la sombra, como ojos "nictápoles", sus linternas verdes. Y Carmen pensó que en la tarde de aquel día debía hacer una visita de etiqueta. Después tomaría el té en casa de una amiga íntima, donde iba él con frecuencia, a esa hora. Y escogió mentalmente el vestido, el sombrero. . . El coche pasó y alejóse a prisa, dando a la noche las voces y risas de su carga humana. El silencio se cernió de nuevo sobre el sueño de la tierra; y Carmen volvió al tema principal de sus meditaciones, ya modificadas, cubiertas como con un velo de benevolencia melancólica.

Desde las primeras demostraciones de él, ella siguió una ruta falsa. Así lo comprendía en aquel instante de reflexión clarovidente. Artista de temperamento nervioso e impresionable, refinado por amplias lecturas y labores mentales, las ideas, los gustos de él no podrían ser como los de la generalidad. A una alma semejante, que además vibraba simpáticamente a todos los afectos y se helaba a la menos indiferencia, ¿no fué un error querer atraerla con esquiveces y frialdades? A él, enemigo por instinto de lo rutinario, ¿no fue un absurdo colocarle en la esfera de los enamorados vulgares? . . . Sí, él tenía razón! El medio ambiente ejerció en ella una influencia fatal. . Y lo comprendía tarde, cuando quizá lo sucedido era irremediable!

Una nueva causa externa la distrajo en sus pensamientos. A su oído llegaban, débiles y vagos, acordes de guitarra, y una voz lejana,



“clara en la sonoridad del silencio”, cantó:

“En campos y amores,  
Vidalitá,  
Hay afinidades;  
Porque se marchitan,  
Vidalitá  
Con las sequedades.  
Mas si en campos llueve,  
Vidalitá,  
Si llueve en amores,  
Amores y campos,  
Vidalitá,  
Se cubren de flores”

La voz calló; la música de la guitarra se apagó en un rumor confuso, y aún repercutía en el alma de Carmen la letra del canto. . . Ciertó! La sequedad de ella marchitó aquel amor, apenas floreciente! Y esto se afirmaba más en su cerebro al evocar las pocas veces que dejó hablar a sus sentimientos, que virtió un algo de ternura, cual lluvia fecundante, en el corazón de él. Entonces de aquel corazón surgía una onda de cariño, de pasión, que transfiguraba al hombre impasible, de carácter altivo y pensamientos herméticos, en el amante generoso, de sensibilidades y delicadezas infinitas. Y ese cariño la penetraba hasta lo más recóndito del ser, y la envolvía, la acariciaba, la vencía, haciéndola viajar, fascinada y dichosa, por un mundo divino.

Pero esto era siempre fugaz, momentáneo. Luego, cuando él se retiraba, ya a solas con sus propias inspiraciones, la invadía el arrepentimiento, por lo que había aceptado, por lo que había prometido, y en la entrevista siguiente aparentaba un olvido irritante, una esquizvez enigmática, que producían en él la congelación instantánea de su amor.

Esas mutaciones injustificadas, ese continuo estado ficticio e hiriente -sí, de ello no tenía duda- agostaron aquel sentimiento, y terminaron esterilizándolo del todo. ¿Por qué, pues, fue ella así? ¿Por qué no fue como él la deseaba, como la soñaba? Eso, fácil hasta unas horas antes, era ya imposible: todo había muerto; perte-

necía a lo que pasó para no volver jamás.

Y con la memoria, tristemente, visitó las ruinas luctuosas de su pasado.

Fue durante una temporada de campo, un domingo, en una tarde serenamente hermosa, cuando se conocieron, cuando se hablaron la primera vez. Un amigo, pariente de la familia, le llevó a la casa. Conversaron mucho tiempo de cosas sin importancia especial: temas de sociedad. Ella tenía un traje blanco, y sobre el cabello negro una rosa roja; él vestía de azul oscuro, y al hablar, jugaba distraídamente con las medallas de la cadena de su reloj. . . Y desde el principio encontró en aquel hombre no sé qué distinto de los otros. Le fue simpático, atractivo. Su palabra era sencilla, sobria; pero en una frase, en una idea, en un razonamiento cualquiera, centellaba rápido un espíritu original y sugestivo, de una cultura, de una sensibilidad raras.

Se despidió cuando en el cielo moría el crepúsculo, bajo un suave comienzo de luna, por la campiña vasta, donde flotaban blancuras fluídas. Y ella, desde el balcón de la casa, vió alejarse y desaparecer en el monte distante el coche, con pesar indefinible, guardando de la visita un recuerdo intenso, cuya persistencia no quiso interrumpir.

A partir de ese día, por el influjo benéfico del trato frecuente de él, abrióse para ella una vida nueva, en la cual experimentó una completa transformación. Su inteligencia se hizo reflexiva, y las ideas brotaron amplias y brillantes; sus gustos tomaron un rumbo aristocrático, y sus nervios, afinados, fueron capaces de las más sutiles sensaciones de arte. . . ¿Pero de qué le sirvió toda aquella alteza espiritual, si en la hora oportuna no supo sustraerse al dominio de unas costumbres odiosas por lo arcaicas? No tenía nada que reprocharle: merecía lo sucedido! .

En el baile de esa noche, ¿no le hizo volver tres veces por una pieza? Y cuando él, resignándose, subyugado sin duda - frase suya en otro baile- por "la suprema armonía de su figura, radiante entre aquellos esplendores como en su natural ambiente", al quedar solos en un sofá aislado, intentó reanudar y confirmar las promesas de su

secreto compromiso, ¿no fué ella la primera en provocar el rompimiento, con su actitud hostil, con su palabra glacial? Sí, nada tenía que reprocharle: merecía lo sucedido!

Y una resignación amarga se apoderó de su alma. Sintió como que una mano ruda le apretaba el corazón, hasta causarle sufrimientos crueles. Quiso huir de ese estado doloroso, y, por una victoria de la voluntad, convirtió su pensamiento al exterior. . . .

La aurora triunfaba. Estremecimientos lumíneos recorrían el cielo, tiñendo las nubes de colores vivos. Entre ellas, más allá del cenit, en el descenso de la cúpula celeste, la luna no era sino una mancha opaca. Y en las lejanías del horizonte occidental, una estrella brillante estaba en su ocaso. Cerca, laterales, dos franjas de nubes, de un tinte de carne, parecían dos brazos fantásticos, estirándose para detenerla en su eclipse. . . .

Carmen cerró la ventana, y se arrojó vestida en el lecho. Escalofríos agudos le sacudían el cuerpo; un cansancio profundo la enervaba. Recostó la cabeza sobre la almohada, y quedó inmóvil. Luego, pensó en su postrer visión de fuera, en la estrella que se ocultaba; sintetizó todas sus visiones internas, y pensó en él, que partía. Y en la claridad pálida de la alcoba, extendió los brazos, afanosamente, como para detener aquel amor, ya también próximo a perderse en el misterio de lo lejano. . . . .



# MEDITACION

A Enrique Caprile (hijo)



## MEDITACION

Demetrio saltó del lecho, vistióse maquinalmente y salió al balcón. La atmósfera de fuera le bañó con una onda de frialdad, grata a su cuerpo febril por el insomnio. Sus nervios perdieron la tensión irritada; la calma se hizo en su cerebro. Readquirió la noción del tiempo y de las cosas, y pudo consagrarse, en aquella hora propicia, a la observación sugestiva de la vida cósmica.

Un vigoroso despertar iniciaba en la naturaleza; la aurora esclarecía ya el infinito celeste. Veía él, abajo, el jardín plétórico de plantas; frente, el Plata, vasto y móvil. En los árboles, al presentimiento del sol, la savia primaveral bullía sordamente, mezclando su hervor con el frufrú de las hojas, al paso leve de la brisa. Lejos, el estuario mostraba incierto su horizonte bajo la bruma flotante. Cerca, había en las olas retozos dulces; y las espumas formadas fingían, al través del aire ligeramente turbio, grupos de mujeres, bañando sus desnudeces ebúrneas en la frescura de las aguas.

Alzó los ojos. En el cielo, en el confín del occidente, una góndola de oro pálido bogaba sobre un mar de púrpura. Más acá, solitaria, destacábase una catedral gótica, en cuyas vidrieras lucían todas las descomposiciones del morado, desde el violeta obscuro hasta el lila desfalleciente. . . En lo más alto surgieron las ruinas de un palacio corintio: aparecían arcos rotos, columnas truncadas, capiteles y frisos partidos, mezclados con fragmentos de estatuas, entre los cuales surgía un torso femenino, torso espléndido, como de una maravillosa Afrodita. Y en el levante, nubes blancas, sobre un incendio rosa, eran grandes témpanos de hielo iluminados por una aurora boreal.

Aquellas visiones sucedíanse con rapidez de magia. Mirándolas, Demetrio se sintió lleno de ideas indulgentes. Las meditaciones

del insomnio se le presentaron de nuevo; pero regeneradas ya, sin nada áspero ni hostil. . . ¿Por qué culparla? En verdad, ella fue la primera en provocar, en el baile de esa noche, el rompimiento, que interponía entre ellos un abismo infranqueable. Y él, herido en su orgullo, lo aceptó, retirándose de la reunión, conmovido por la brusquedad de aquel hecho imprevisto, cuyo resultado fue el insomnio. De ahí sus pensamientos febriles. Pero ahora, en la magnificencia benigna de aquel amanecer la reflexión recuperaba su imperio. Podía, con lógica exacta, dedicarse el examen de sus impresiones íntimas. Y remontándose a un tiempo lejano, empezó, fríamente, a desdoblar sus recuerdos.

Estaba recién llegado. La conoció una tarde de verano, en la residencia campestre de ella. . . En esa época tenía una tarea, escribía un libro, y un deseo despótico, ir a la ciudad luminosa, su patria intelectual, donde estaban sus gustos y sus aspiraciones. Y hubo un día para él de profundo enervamiento. No pudo escribir una línea siquiera; las ideas permanecieron informes. La nostalgia le anegó el espíritu, y tuvo como nunca el anhelo por la ciudad distante. La noche le encontró sumido aún en su enervamiento; y para escapar a toda aquella sugestión triste, se dirigió a casa de ella.

Le recibió sola, en la sala. Cruzáronse frases; luego ambos callaron, absorto él en una contemplación inusitada; ella, vagamente ruborosa. Realzaba la gracia fina de sus formas un vestido blanco; sobre la amplitud de su frente de palidez de alabastro, el cabello era un toque intenso de sombra, y en el rostro, grave y pensativo, los ojos se abrían como dos mágicas flores negras. Impresionado por esa belleza virgen, como si se le revelara en todo su encanto, por primera vez, adivinando por la turbación de ella una simpatía fácil de transformarse en amor, pensó que allí iba a obtener quizás fe y entusiasmo para su existencia monótona. Las palabras de ternura brotaron; y ante él se formó el miraje de una dicha apacible, pródiga en beneficios morales.

Desde aquel instante intentó inculcar en ella una modalidad interna concorde con la suya. Pero chocaba con preocupaciones invencibles, solidificadas por la rutina tradicional de una sociedad en atraso. Y él tampoco podía modificarse; no tenía el hábito de



tales usos. Su temperamento rechazaba esa manera de amar insípida, cuya elocuencia se cifraba en la óptica, a distancia, resolviéndose de cerca en simplicidades pueriles. Además, acostumbrado a la observación de la naturaleza y de las obras de arte, sabía, por experiencia, que en el universo material no existe lo bello absoluto; que es sólo un producto de la estética idelógica del artista, superior a todos los esplendores de la realidad. En la contemplación externa del ser amado hallan ilusión completa los espíritus vulgares, inaptos para el análisis sutil de las líneas y de los matices; pero el suyo no era ciertamente así como llegaba a esa completa ilusión. Requería que intervinieran la palabra y su influencia en la auditora, para que, con lo espiritual adivinado y lo físico tangible, en la embriaguez del propio sentimiento, surgiera en él - reemplazando ventajosamente al original - un arquetipo de belleza, creación exclusiva del cerebro.

Con tal exactitud se cumplía esto, que, cuando el cerebro de ella mostrábase rebelde a las sugerencias del suyo, se interrumpía en el acto el brote de su amor; el pensamiento se le iba a otros lugares, y convertíase en frialdad su abstracción inevitable. Este modo de ser, exótico en aquella atmósfera social, fue engendrando en ella la incredulidad. Se asombraba de que no se condujera como los demás, y vengábase con ambigüedades y reservas de esas "rarezas absurdas". Y se sucedieron los meses sin ningún cambio grato; antes bien, cada vez era más difícil la armonía. Al fin, aquella noche, conocedora de su repentino proyecto de ausencia, quizás con el secreto deseo de desvanecerlo, más impulsada por un mutismo para ella impenetrable, cortó bruscamente el lazo inseguro que les unía, quedando roto así su compromiso, por suerte, todavía secreto.

No, era injusto culparla. Era injusto exigirle, niña sencilla, el conocimiento de espíritus hijos de una civilización avanzada, hechos de refinamientos y de complicaciones múltiples. Hubiérase precisado el ambiente de esa civilización, para que, por virtud de una constante cultura cerebral, evolucionaran en sentido favorable sus ideas, sus creencias, todo su organismo. Sin aquel ambiente, ella tuvo que seguir el curso fatal de costumbres tradicionales. . . ¿Por qué entonces no cedió él a las preocupaciones de ella? ¿Por qué no impidió el desenlace final? Pudo impedirlo. Luego ¿el culpado era él? Tampoco. En todos sus actos tenía la convicción de obe-

decer siempre a una fuerza misteriosa, que le guiaba a términos jamás previstos. Y no era bastante su lógica - desarrollada en una época razonadora por esencia- vencerle esta superstición. Quizás la herencia extraña de alguna raza del viejo Oriente, llegaba a él al través de tiempos seculares, y por eso en la ruta que le iban trazando los acontecimientos de su vida, no trataba de hacer cambio alguno, ni una modificación siquiera. . . Ah! la fatalidad!

¡Sólo ella fue la causa de aquella ruptura, ya irremediable! .

Un deslumbramiento le arrancó de su concentración. Sobre la curva del horizonte libre de brumas, alzábase el sol, bajo una gloria de llamas. Por el azul incendiado, en el aire, con transparencias de cristal, corrían las ondas luminosas, en las cuales danzaban miríadas de corpúsculos, brillantes como polvaredas diamantinas. El Plata espejeaba; las espumas adquirían la blancura ofuscadora de la nieve, y la naturaleza toda absorbía la esencia solar en un espasmo de placer ilimitado. Aquello era hermoso; pero con hermosura simple, por la crudeza de la luz. Faltaban las mágicas decoraciones celestes; los símbolos arquitecturales de las nubes; la ficción de los copos espumosos, todas las ilusiones evocativas de la aurora. . .

Meditando en esto, Demetrio tuvo de pronto una clarovidencia. Comprendió que en el mundo moral los hechos - productos de estados de alma - tienen siempre un aspecto ilusorio, que sufren variaciones parciales, de momentos, y entonces la ilusión se modifica, y variaciones absolutas, de épocas, y entonces la ilusión se extingue. Salvó con el pensamiento los meses y los años; se trasladó a un futuro más o menos lejano, y vióse con sentimientos e ideales distintos. ¿Cuáles serían allá sus entusiasmos? ¿Cuáles sus tristezas? ¡Quién sabe! Pero, sin duda, del presente conservaría apenas un recuerdo confuso, frío, desdeñoso tal vez. . . . Y desde allá, desde ese misterioso futuro, hizo la evocación de su amor: en la memoria no era sino una mancha incierta, una sombra vaga, flotante en el vacío.....

# LA SORPRESA

A Ernesto Vergara Biedma.



## LA SORPRESA

-Las almas vuelven - dijo Adrio, acabando de beber el quinto chop de cerveza. . . Vuelven invisibles, inmateriales, las más de las veces, y otras materializadas, corpóreas, en formas más o menos caprichosas. Yo he visto a una, os lo aseguro. . . Fué en París, hace cerca de cinco años. . . Mozo, otro chop.

La concurrencia espesa del café se había enrarecido, y los cinco noctámbulos estaban aislados en aquel rincón, dejando pasar insensiblemente las primeras horas de la madrugada. Adrio apuró el chop, y paseó en torno los ojos lucientes y vagos, síntoma infalible de que su verba derrochadora, a menudo fantástica, iba a emprender alguna de sus correrías. Y en efecto, habló de esta manera:

-Un bravo sonoro, un palmoteo prolongado acogieron el final chispeante del vaudeville. El telón cayó, elevándose al aire el murmullo de las conversaciones y de las risas, mezcladas con el taconear de las camareras y de los que, por instantes, entraban a aumentar la concurrencia.

Aquella noche el Café Moscou rebosaba de clientela, compuesta, en su mayoría, de estudiantes, mujeres alegres, escritores y artistas jóvenes. Monsieur Durand se hallaba satisfecho. Desde por la mañana anunció, en grandes carteles verdes, fijados en las esquinas del barrio, y en hojas volantes desparramadas por la ciudad, “una bella sorpresa para sus amables parroquianos”; y por una de las frecuentes novelerías parisienses, la réclame tuvo un resultado espléndido: nunca, ni aún en el día de su apertura, vió tan favorecido el Café Moscou. El mismo Monsieur Durand estaba asombrado.

Las camareras volaban, atendiendo los múltiples pedidos del público. Y las tablillas de zinc de los escaños, alineados en la primera

parte del salón, y las mesitas de mármol, colocadas (después, se llenaban de botellas y de vasos. Los bocks, en donde la cerveza ofrecía su tono de ambar diluído y sus motas de espuma compacta; la nota opalina del ajenjo; el chartreuse, verde, el oro pálido del champaña y el subido del coñac, todos aquellos licores y vidrios, de tintes diversos, descomponían, en irisaciones radiantes, la onda de las lámparas eléctricas. Una nube, formada con el humo de los cigarros, flotaba, como niebla ligera, en el ambiente; y al través de ella, veíanse, encima, el plafón pintado al fresco - un enjambre de amorcillos rosados, revoloteando entre ninfas de cabelleras sueltas y faunos de caras joviales - y allá, en el fondo, el telón, con un cuadro andaluz: el baile flamenco.

-Estoy impaciente por ver esa sorpresa - me dijo Aline, la vivaracha Aline, mientras su amiga, nuestra compañera de mesa, una rubia lánguida, fumaba perezosamente su cigarrillo.

-¡Bah! Alguna tontería; - contestó ésta. Yo no he venido por eso. . . Ya sabéis, necesito dinero para el paseo de mañana. Y miraba, miraba a un señor gordo, cuyo chaleco lucía una gruesa cadena de oro.

Habían pasado ya varios números del programa. Mlle. Henriette estuvo, como siempre, tentadora en sus bailes, de ritmos turbadores. Siguieron otros artistas menos interesantes, y vino después el vaudeville, en el cual Aline rió como una loca, perlando así la doble hilera de sus dientes entre la púrpura vibrante de sus labios. Al vaudeville iba a suceder "la sorpresa", y el público la aguardaba curioso. . . . .

La orquesta marcó los primeros compases de una música rara, y ante un público de silencio y de espera el telón se alzó.

Vestida de negro, vacilante, lentamente, fué avanzando una mujer hasta el término del proscenio. Allí se detuvo. No hizo saludo alguno; permaneció por un momento inmóvil, casi rígida, y luego, con sus grandes ojos negros convertidos a lo alto, comenzó a cantar.

Los asistentes vimos atónitos aparecer en la escena a aquella mujer extraña. En verdad, era una figura emocionante. De su vestido negro, cerrado hasta el cuello, bajo el negro casco de su cabellera,

surgía su rostro armoniosamente correcto, y pálido, de una palidez mate, de una palidez ideal. La luz la envolvía en un vapor de oro; y así, toda fúnebre y exangüe, parecía la Dolorosa de algún maestro de la pintura mística, hecha carne viviente por el influjo de un milagro.

Su voz, insegura al principio, fué poco a poco afirmandose, creciendo, robusteciéndose, y soberana, conquistadora, extraterrena, dominó pronto la orquesta. Cantaba una romanza de melodía misteriosa, de melodía inaudita, mezcla de quejido y de himno, de lamentaciones y de salmos, de misereres y de aleluyas, con las amargas y las súplicas de los grandes arrepentimientos y las beatitudes y bienaventuranzas de las absoluciones supremas. Y desde el comienzo del canto la concurrencia, íntegra, sintióse subyugada, henchida de una admiración muda, de un mutismo estático. Nadie hablaba; nadie se movía. Soplos de meditación y de recogimiento éfundíanse en el salón, como si sobre el público, hondamente impresionado, un gran pensamiento glorioso batiera sus alas. Aline estaba seria. Su amiga dejó su actitud indolente, suspensa ahora de la escena. Y como éstas, todos mirábamos conmovidos a aquella singular mujer, todos oíamos electrizados aquel canto triunfador.

¿Pero quién era? ¿Por qué estaba allí, en el escenario de un café cantante, ella, que podía humillar a la más afamada diva? ¿Cómo una maravilla vocal de tal naturaleza escuchábase en ese recinto, cuando hubiera sacudido, galvanizado, poseído, entusiasmado hasta el delirio al más exigente auditorio de ópera? Nadie lo sabía, ninguno se lo explicaba. . . ¡Y el taimado de Monsieur Durand había desaparecido!

La cantatriz seguía cantando. De la garganta le brotaba el canto en copiosas ondas; y tenía, a un tiempo, acordes de vibraciones auri-sonas, cadencias de tonalidades gemidoras. Las notas se unían, fundíanse en una sola marejada melódica, y formaban el más prodigioso conjunto de hosannas y de trenos desgarrantes. En la atmósfera sonora de la sala; como cascada de pedrería sobre fina lámina de cristal, desgranábase la romanza, y era una alma herida de desolación eterna que volara quejándose con acento divino. Tal vez el recuerdo cruel de sufrimientos pasados y la visión dulcísima de dichas actuales, palpitaban simultáneamente en el espíritu de aquella maga,

porque daba a su voz inflexiones incomparables de dolor y de goce. Y ese dolor se filtraba en los corazones como sutil polvo gris, despertando en ellos dolores propios; y ese goce envolvía y transportaba al espíritu a regiones de paz y de gloria.

El canto, acompañado por la orquesta, tuvo un crescendo sostenido, algo como una imprecación formidable contra la indiferencia y el egoísmo de los humanos. Después, fue decreciendo gradualmente, y se extinguió al fin en un trémolo, lánguido cual el susurro de una plegaria. Y ante el silencio grave de los espectadores, el telón descendió, en tanto que la orquesta rompía en una tocata bulliciosa, para borrar la agitación que en los nervios dejara la romanza. . .

-“Y bien, señores. . - nos dijo Monsieur Durand, quien al terminarse el acto reapareció en la sala: - lo que de ella sé os va a parecer absurdo, inverosímil. Vino ayer, durante los ensayos, y me dejó oír su voz. Ya supondréis que le hice al momento las propuestas más ventajosas. Las rehusó todas; y para cortar la insistencia de mis ruegos me reveló. . . no os riais. . que no pertenece a este mundo; que es el alma de un doliente poeta, muerto hace tres años. Habitó muchas veces en los hospitales, y llevó una vida de tormento y de miseria. Fue el eterno vencido del deseo, y su alma estuvo siempre enlutada por el pecado. Mancilló su vida y depravó su cuerpo. Pero en horas de sincero arrepentimiento le ofrendó a la Virgen versos llenos de fe, de tristeza y de humildad cristiana. Por ellos se le otorgaron las celestes venturanzas; y por la Virgen, grata a tan dulces plegarias, se le ha concedido volver, un instante, a la tierra, para que satisficiera su anhelo de cantar, ante algunos de los que le comprendían y le amaban, sus versos místicos, puestos en la música de los coros seráficos... Y creed que no tengo interés en mentirosos, porque - así me lo anticipó y os lo participo - no volverá nunca más! . . .”

Es el caso - agregó Adrio, a quien el séptimo chop, vaciado en el curso de su narración, le había hecho más lucientes y más vagos sus ojos - que a mí no se me ocurrió dudar de las palabras de Monsieur Durand, y que vosotros seríais unos imbéciles si dudarais de las mías. . .



# PAGINAS DE VIDA

A Martin Reibel.



## PAGINAS DE VIDA

Estábamos sentados, en esa clara tarde de invierno, el médico amigo y yo, en Palermo, en una banca de la Avenida de las Palmeras. Ante nosotros pasaban los coches flamantes, en la cuádruple fila del corso, con sus figuras femeninas, armoniosamente multicolores. A lo lejos, vaga, aterciopelada, sonaba la música de una orquesta. En el cielo, muselinas de nubes blancas manchaban la virginidad del azul. Una brisa suave, casi tibia, -como un anticipo de la primavera para reanimar la naturaleza marchita - movía pausadamente las ramas; y de sus hojas frotadas desprendíanse murmurios rítmicos, como melodías ejecutadas, a la sordina, en violas. El sol se acostaba sobre el lago, entre magnificencias de púrpura. Sus rayos oblicuos filtrábanse por los claros de la arboleda; estriaban a trechos la avenida, y se rompían en chispas trémulas sobre el charolado de las capotas y el metal de las guarniciones. Y bajo la serenidad radiante de la altura, el corso, en una dilatada elipse, giraba lenta y sonoramente.

- Cuando veo - me dijo el doctor - pasar al lado de las hijas lujosas a estas madres, cuyas caras rebosan de contento, porque sus niñas de nada carecen, porque pueden satisfacerles todos los caprichos, porque las aguarda sin duda un matrimonio halagüeño, celebrado con todas las pompas de los rituales mundanos, recuerdo siempre a aquella otra madre, a quien, en Londres, asistí en su enfermedad mortal: un caso de hipertrofia cardíaca. Poco antes de morir me hizo la confianza de su vida. La casualidad me llevó a la capital inglesa, pues yo rehacía entonces mis cursos en París; y la casualidad también me hizo conocer así a dos de las tantas víctimas de las políticas de Sud América.

A la muerte del marido - desterrado violentamente de la patria-sola, sin dinero, en completo aislamiento, con una hija, Elvira, de

diez y ocho años, se encontró la pobre mujer en la ciudad enorme; como el viajero extraviado en el fondo de una selva. Era buena ejecutante de piano, y buscó discípulos. . . Pero ¡bah! ¿qué padres confían la enseñanza musical de los hijos a una desconocida? ¿Trabajar en otra cosa? ¿Cómo? Ella, planta delicada, planta de hogar de nuestros países sudamericanos! . . . Y la patria, lejana y hostil, y de por medio el océano y mucha tierra extraña!

Vendió una a una sus pocas alhajas. Así pudo comer ella: así, sobre todo, pudo comer la hija un corto tiempo. Luego, vendió los muebles; dejó su habitación cómoda por un estrecho cuarto en el último piso de la misma casa. Y la existencia se le hacía cada vez más angustiada, y el infortunio la empujaba, la empujaba por la pendiente sombría de la miseria.

Vendió sus mejores vestidos. Vendió casi toda su ropa blanca; y, - ¡oh Dios! ¿no eres bueno? - tuvo que vender los vestidos nuevos de Elvira! . . . Y el otoño terminaba, y vendría el invierno, el invierno del norte, helado, espantoso para el pobre. ¿Qué sería de su hija? Nunca se quejaba, pero la madre la veía consumirse, consumirse como una planta enferma! ..

Un día - ya en el invierno - no hubo para comer. El día siguiente tampoco habría, quizás en toda la semana, tal vez nunca más! . . . Y en sus meditaciones abrumadoras la infeliz miraba llegar a la muerte, llevársela, y llevarse a Elvira, a su hija!

Fué entonces cuando recibió una carta del señor inglés vecino en el piso principal de la casa. . . . . "Era soltero y rico. Conocía a Elvira: le gustaba. No podía casarse con ella, porque pensaba no hacerlo por ahora. Pero la tendría como a su esposa; la dotaría, y más tarde, quizás. . ."

Ya puede usted imaginarse qué noche pasó la pobre madre. Su hija, desde temprano, dormía un sueño profundo, originado por el desfallecimiento físico. . . Fuera, la nieve caía, golpeando sordamente los vidrios de la ventana, en cuyas rendijas zumbaba un viento glacial. De las calles subía la vibración de la ciudad apaciguada, como el rumor de un mar lejano. El ambiente, en su frialdad de hielo,

producía en los miembros rigideces dolorosas. . . Echó sobre la joven su única manta de lana, y se sentó a la cabecera del lecho miserable. No experimentaba frío; no tenía hambre. El sacudimiento rudo causado por la carta, le hacía insensible el cuerpo; y en la sombra, oyendo como en un sueño opresor la respiración débil de Elvira, pensaba, reflexionaba, discutía consigo misma - ¡discusión tremenda! - mientras apretaba entre las manos aquella carta, salvadora y cruel.

¿Aceptar? . . . ¿Y su educación, su clase, sus creencias religiosas, todo ese mundo de elevación moral en que había crecido y que la obligaba a considerar la oferta de la carta como un insulto vergonzoso, como un acto criminal? . . . Su hija, uniéndose sin matrimonio, sin amor siquiera, a un desconocido!

¿Rehusar? . . . ¿Y Elvira? Ella, la madre, podía morir. Estaba ya resignada; bastante había sufrido, y la muerte sería el descanso, sería la suprema dispensadora del olvido eterno. Pero su hija. . . ¡muerta! No, eso no debía suceder, no quería que sucediera!

¿Aceptar? ¿Rehusar? . . . Por un rato grande, estos pensamientos contrarios estuvieron luchando. Después, como cansados, quedaron inmóviles, y bandadas de recuerdos, del pasado distante, le asaltaron el espíritu.

Había una reunión de íntimos en su casa. Tenía diez y nueve años: uno más que Elvira. La orquesta tocaba un valse: algunas parejas bailaban, y ella, en el fondo de la sala familiar, escuchaba la palabra de un joven. Y le pareció oír, precisa y evocadora, la música de aquel valse; le parecía sentir, cálida y persuasiva, la voz del joven, del que fue después su novio, su marido. . . ¡Oh las alegrías dulces de su tiempo de novia; las impresiones profundas, reveladoras, de la noche nupcial! . . . ¡La hija!

Luego, la pasión política del marido; las ausencias continuas del hogar; las preocupaciones absorbentes de él; las terribles zozobras de ella. . . La guerra, la implacable guerra civil; la prisión del esposo; la confiscación, el despojo feroz de toda su fortuna; el destierro! . . . Los tres aventados lejos del suelo nativo, a las inclemencias del país extraño; los tres dejando allá todos los afectos del alma irremplaza-

bles; toda su dicha, para siempre perdida. . . Y Elvira, ya de diez y seis años, desgarrado el corazón, fulminada en su florecimiento de mujer, por la separación brusca del elegido de su amor, por el rompimiento brutal de un compromiso, concertado desde la infancia de ambos entre las dos familias. . . ¿En dónde estaría él? También perteneció al bando revolucionario, y tal vez sufría ahora, como ellas, todos los martirios del destierro! . . . .

Y luego, la enfermedad lenta, indomable, del compañero amado, del apoyo fuerte; el agotamiento de los escasos ahorros. . . La agonía, la muerte del marido; la viudez de ella; la orfandad de su hija. . . El desamparo de ambas; la pobreza; la miseria. . . el hambre! Y volvieron los pensamientos contrarios a comenzar su lucha; y apretaba entre las manos aquella carta, quemante como una ascua. Así la sorprendió el alba; una alba brumosa, aterida, triste. . .

El fuego en la chimenea faltaba también hacía cuarenta y ocho horas. La temperatura del cuarto era tan cruda, que el ambiente, al respirarse, cortaba. El desgaste del insomnio le distendía poco a poco los nervios; el forzado ayuno la postraba; desfallecía su voluntad de resistencia, y la idea de pasar ella, de pasar su hija, todo ese día, toda la noche, sin pan, sin fuego, la enloquecía. . . . .

En tanto, la mañana naciente se acentuaba en el cuarto, iluminándolo con una luz blanquecina. Elvira seguía durmiendo su pesado sueño, en que había mucho de inanición aniquilante. Cubierta por la manta gris cual por un sudario, sólo su cabeza se destacaba sobre la almohada, entre el desorden de su cabellera rubia, tendida en torno suyo como un opulento marco de oro. Y dentro de aquel irónico marco, qué quietud, qué palidez sepulcral tenía el rostro! . . . Ah! no soportaría más tiempo! La mataría el hambre; la mataría el frío. Y esa horrorosa muerte de la niña iba a presenciarla ella, su madre! . . . . .

¡Pobre mujer! - concluyó mi amigo- la última vez que la ví, estaba ya inanimada, toda de negro, sobre el lecho blanco. A los pies, la hija lloraba: en el fondo de la pieza, el inglés, fresco aún en sus cincuenta años, fumaba y leía, dispuesto así para velar también durante esa noche. El fulgor de una lámpara eléctrica, tamizado por un

globo azul, envolvía el cadáver en una claridad lívida, imprimiéndole no sé qué sello de infinita tristeza. Y sobre la frente, el sudor de la agonía perduraba en gotas inmóviles, como si la muerte, al beber en aquel doliente vaso humano, hubiera arrojado allí las heces del licor amargo de la vida.





# CLARO DE LUNA

A Martin C. Aldao



## CLARO DE LUNA

El bote se desliza, pausado, sobre el agua serena. Es en los ríos del Tigre, en el crepúsculo, un prematuro crepúsculo de otoño. El sol, al morir, bañó el azul con sangre luminosa, absorbida luego por la irrupción de la noche. La linfa, impregnada de penumbras, adquiere un tinte obscuro. Sobre el fondo del espacio, las nubes van per-

La otra niña, a su lado, está pensativa. A ratos, lleva las manos a las sienes para arreglar el desorden producido en sus cabellos por el viento fugitivo: cruza cortas frases con la señora, y queda de nuevo pensativa, con los ojos - ojos de misterio y de ensueño - fijos en lejanías invisibles. . . El amigo la mira, callado.

El bote desciende por el Luján, junto a la orilla izquierda. Lejos, a proa, se dilata, inmenso, el Plata. Ramas de sauces frotan la borda, y ponen caricias húmedas en los rostros de los paseantes. Algunos riachos abren en la ribera grandes bocas de sombra. Arriba, las constelaciones flordelisan ya todo el cielo. . . Los novios permanecen abstraídos en su egoísmo amoroso: la madre les contempla, quizás en la evocación de sí misma, en un pasado feliz. La niña sigue pensativa, con la mano sobre la superficie estremecida. ¿En qué piensa? . . . A veces, los focos eléctricos de la orilla despliegan en el lecho del río grandes mantos de oro; a veces una terraza iluminada, de donde parten voces y risas en alas del viento, se refleja, invertida, en la placa líquida, simulando un árbol extraño, un árbol de fuego, agitado por soplos desconocidos. . . .

En aquel instante, un resplandor de ópalo llena el oriente. El agua lo refleja, y sobre el cabrilleo de las ondas tranquilas, sutiles hebras de luz tejen un ancho moaré, pálidamente radioso. La nota opalina se agiganta; dijérase que luego de haber encendido las alturas va a irisar toda la tierra. Millones de estrellas languidecen, se esfuman, ante ese derroche de matices lumíneos, tan distintos de las intensidades del brote solar. Una legión de celajes se enciende también, con tonos de nácar, y vuela bajo el azul, poniendo velos en cada estrella.

Luego, un arco de plata se dibuja en el levante. Asoma tímido, se eleva, se agranda, y es una diadema suspendida sobre el confín lejano. Las tintas iridescentes disminuyen, y cándidos florecimientos, como de mirtos, pueblan el espacio. La diadema crece más y toma la forma del círculo perfecto, destacándose ahora como una perla, como una extraordinaria perla, sobre el seno del cielo. Y el agua del Luján vibra toda, cual si la luna le pusiera en cada turgencia de sus ondas el roce apasionado de una caricia. . . El astro asciende lento y soberano. Junto a la curva de occidente, la vía láctea es una veste nupcial, tendida en el límite de la noche. Nubes de armiño, en

pequeños copos, semejan bandadas de gaviotas, volando sobre un mar cerúleo. El viento, más tenue, pasa ahora por entre las ramas infinitamente amoroso, cual si fuera repitiendo los versículos del Cantar de los Cantares. Y cielo y tierra, agua y árboles, seres y cosas, en la blancura idealizadora que les presta la luna, aparecen ante los ojos de los cinco viajeros con inefable belleza, como creados de nuevo por la maravilla de un conjuro. . . .

En esto, de lo recóndito de una isla, brota una canción, ritmada por bordoneos de guitarra. En el mutismo circundante, el acento del cantor repercute con íntima melancolía. Son vidalitas, versos sencillos como flores silvestres, pero a los que la noche les comunica todo el prestigio de su poesía sideral. Y la brisa hace perceptibles las palabras, y las palabras suenan, henchidas de sugestiones. Dicen:

“Si mi vida errante,  
Vidalitá

Yo te contara,  
Tu rostro de cielo,  
Vidalitá  
El dolor nublara.  
Ya todas mis flores,  
Vidalitá,  
Sus corolas pliegan:  
Ya todos sus tallos,  
Vidalitá  
Mustios se doblegan”. . . . .

Hay una pausa. Una luciérnaga, cual si fuera el alma del canto, se acerca en vuelos radiantes, y termina posándose en la cabeza de la pensativa; creyérase un pequeño lucero engarzado en fluideces de oro. Y bajo el claro de luna, de todo lo inmaculadamente blanco que emana de su ser, como la esencia misma de su espíritu, en la armonía que rige la plasticidad grácil de su cuerpo, la virgen se destaca incomparable, llevando la mente del contemplador a otros tiempos, á la ciudad única donde el cincel, en el mármol dócil, creaba los arquetipos de la belleza pura.

El canto vibra de nuevo, y los versos vuelven á infiltrarse, sugestivos, en quienes los escuchan:

“ Eres tú la aurora  
Vidalitá  
Yo la tarde soy;  
Desde oriente subes,  
Vidalitá,  
Yo al ocaso voy.

Con perennes mirtos,  
Vidalitá,  
Mi alma floreciera”. . . . .

La pensativa niña, al concluir la última estrofa, se estremece. Con movimiento maquinal se pasa la mano por el cabello: la luciérnaga vuela y se pierde en la noche. La mesa hospitalaria aguarda ya á sus invitados de ese día. La canción viene ahora lejana, y más que una música es un eco entrecortado por el rumor confuso de las

BETTY





## BETTY

. . .Y como le tocara el turno a Adrio, en aquella rememoración de aventuras curiosas, se expresó así:

-Después de la cena, Betty me hizo pasar al saloncito rojo, donde, cerca de la ventana, sobre pequeña mesa de laca, humeaban dos tazas de té.

Betty es una artista excéntrica: a quince pasos parte una bala de revólver en el filo de un puñal. Fuera llovía, y lo destemplado de la noche de invierno hacía amable la temperatura interior, caldeada por el fuego alegre de la chimenea. La irradiación de la lámpara, devuelta en refracciones escarlatas por la tapicería, sonrosaba suavemente el rostro de Betty. Un peinador blanco la cubría, marcando las ondulaciones soberbias de su carne. En el verde de sus ojos, al toque de la luz, chispeaban aguas, como en las facetas de dos esmeraldas prodigiosas; y su cabellera, recogida sobre la cabeza, era un sólido amontonamiento de rayos solares. . . . Hermosa cual una tentación, lo estaba más que nunca, hasta por la misma misteriosa melancolía de su semblante.

En aquel momento - por segunda vez desde el principio de la cena - un órgano callejero nos envió las notas desafinadas de su música; y Betty, mirándome de un modo particular, me dijo:

-“¿Quiere saber algo de mi historia? Se lo contaré, si me promete no asustarse. . . . Convenido, ¿verdad? Bien, escuche . . . .”

Ante todo debo advertirle que Betty no es tan sólo una belleza admirable, sino que posee una inteligencia y una cultura excepcionales: su conversación es fácil y colorida. He aquí su relato:

Hace siete años. . . tenía yo apenas diez y ocho. Habitaba en uno de los barrios antiguos de New York. La semana comenzó fatal para mí. Tom, mi marido, llevaba tres días de no ir a la casa, y ya sabía yo lo que su ausencia significaba. Sentía una tristeza honda. Eran las once de la noche. No me acostaba porque presentía el insomnio; no leía porque mi cerebro habríase rebelado a todo trabajo que no fuera el de sus propias impresiones. Cogí la caja de revólveres - herencia de mi padre, junto con su maestría en las armas de fuego - y salí al balcón para limpiarlos uno a uno, con el fin de apaciguar así la actividad morbosa de mis nervios.

El aire era cálido y sereno. Al través de su transparencia cristalina, en el azul lejano, resplandecían los astros. La calle, angosta y desierta, estaba sumida en el sueño, y, coincidencia extraña, apagado el foco eléctrico de la esquina próxima.

Los acordes ruidosos de un organillo me distrajeron en la tarea. Hallábase en la esquina, y la penumbra del sitio no permitía distinguir claramente los objetos; pero el sonido del instrumento me era familiar, y aquella sombra humana, cuyo brazo daba vueltas al manubrio, era la del pobre viejo que desde la primavera, venía todas las noches a darnos su serenata. Cuando concluía, se acercaba al pie del balcón a recoger las monedas que le arrojábamos, y se iba luego a lo largo de la calle, encorvado y vacilante por el doble peso de la caja y de los años.

Esa música vagabunda, imperfecta, casi rudimentaria, despierta por lo general - oída así, en el silencio grave de las noches solitarias, de las noches de meditaciones desoladas - recuerdos llenos de una tristeza íntima, tanto más dominante cuanto menos traducible es para el alma. Mil acontecimientos del pasado, confusos, vagos, cual nebulosas brillantes y al mismo tiempo informes, surgen, y su evocación es grata y dolorosa, como un goce amargo, como un sufrimiento dulce. . . . No obstante, esa noche los recuerdos acudieron a mí, precisos, punzadores.

Como visiones cinematográficas, fugaces, pero vívidas, desfilaron ante mi memoria todos los sucesos de mi existencia de casada. Los primeros meses de una pasión llena de deleites, compartidos con

aquel ser ardoroso, que sabía tener en sus caricias ternuras exquisitas. Luego, la primera sombra, el primer pesar: la tarde en que Tom se me presentó con la faz alterada, el traje descompuesto, la mirada incierta y torva, la voz titubeante, todos los síntomas abominables de la embriaguez. Después, aquel acto de crueldad brutal, cometido en el gato de Angora. El animal se restregaba mansamente en sus piernas. Lo agarró por la cola afelpada, lo hizo girar en el aire con violencia, como una honda, y lo estrelló contra la pared, en cuyo papel quedaron impresos los fragmentos del cráneo roto. Esa escena - producto sin duda de la irritación alcohólica, exacerbada por el reproche silencioso de mis ojos y de mi actitud - me reveló cuántos sedimentos de ferocidad atávica conservaba en su sangre el hombre a quien yo le tenía dados mi cuerpo y mi alma, toda mi vida joven y ardiente.

Desde aquel día el alcoholismo, hasta entonces para mí oculto, le recuperó de un modo absorbente. Todo cambió en nuestro amor, y vinieron zozobras y angustias horribles. . . He sido siempre altiva, nunca puedo vencer mi carácter; y por esto, cada vez que Tom aparecía ebrio, me encerraba en la alcoba y no me dejaba ver de él hasta que, transcurridos muchos días de sobriedad, la vergüenza dolorosa de su arrepentimiento arrancaba a mi cariño el perdón. El vicio le esclavizaba; su amor a mí le vencía; e incapaz de libertarse de estas dos influencias contrarias, acompañaba últimamente sus reincidencias con alejamientos prolongados, a veces por toda una semana, con el pretexto de ocupaciones serias. . . que yo fingía creer, porque retornaba desbordante de atenciones delicadas y de entusiasmos pasionales. Pero, en el fondo, mi vida era profundamente triste, y aquella noche poblaban mi espíritu mil presagios torturadores. El organillo seguía dando, en el silencio nocturno, su tocata. Era uno de esos aires insignificantes, fastidiosos á fuerza de ser escuchados. Súbito, la música cesó, y el ruido de cosas rotas con estrépito atrajo mi atención.

En medio de la calle, vagamente, vi esparcidos los fragmentos informes de la caja de música; oí la voz alterada del viejo, y ante él vislumbré a un hombre. . . o más bien su silueta, envuelta en el misterio por la penumbra. En seguida comprendí el hecho: aquel hombre había derribado, despedazado el sustento del pobre anciano, el cual estaba iracundo y abatido, pues en su acento había a la vez amenazas y sollozos. El malévolo bromista permanecía mudo, al parecer burlo-

namente imposable. Esto debió de exasperar al organista, porque trató de acometer a su enemigo. . . Fué una lucha rápida y desigual: un formidable golpe de box cayó sobre el viejo, y rodó por el suelo como una masa inerte. . . .

Yo había asistido a la escena, anhelante, apretando nerviosamente el puño de un revólver, recién cargado. Mi temperamento impulsivo me arrojaba a la cabeza oleadas de sangre; las ideas en mi cerebro eran rojas, y una resolución terrible se adueñó de ellas. . . . Todo aquello se efectuaba con duraciones de segundos.

El agresor estaba aún en pie, en la esquina. El contorno de su cabeza se destacaba netamente en la sombra. Alcé el brazo; le apunté cuidadosamente a la sien. . . sonó el tiro. . . luego un grito espantoso. . . una voz conocida en ese grito, y Tom, mi marido - pues era él - rodó también por el suelo, inerte, con el cráneo destrozado! . . .

Betty callaba hacía algún tiempo, y yo no encontraba una sola frase para desvanecer el penoso mutismo. El té, ya frío, estaba intacto en las tazas; la música noctámbula venía ahora de muy lejos, confusa, y sólo la lluvia golpeaba monótonamente los vidrios de la ventana.

De pronto, en una de sus inesperadas transiciones, exclamó Betty, riendo:

-Confiese que se ha impresionado. Yo, a mi vez, reconozco que he sido irreflexiva. . . como siempre. . . Pues bien, en compensación - la lluvia se empeña - le permito ser mi huésped esta noche. . . No lo pasará mal, se lo prometo.

Y en verdad, Betty, cuando lo quiere, es una mujer encantadora.

# LAS TRES NOVIAS

A Tomás E. de Estrada.



## LAS TRES NOVIAS

En una de las terrazas de la Rambla, en Mar del Plata, se encontraban tres amigos, tres poetas, una tarde de enero. Dos de ellos hablaban animadamente, mientras el otro, pensativo, con la mirada fija en el confín distante, escuchaba distraído la conversación de sus compañeros. Sobre la mesita de madera, en los vasos de vidrio, los licores exhalaban el perfume de sus mixturas, al sople fresco del viento. De un kiosco cercano venían las ondas de la orquesta, y al mezclarse con los estruendos del mar, formaban una extraña música, a la vez salvaje y armónica. En la orilla, entre el hervor de las espumas, surgían cabezas y torsos de bañistas, a los cuales las olas, superponiéndose afanosas, cubrían con largas caricias trémulas. Y en torno, sobre la tierra, bajo el cielo, la vida humana y la de la naturaleza palpitan alegres, en la augusta concordia del color y de la luz.

Los pulmones aspiraban con delicia la saturación yodada y salobre del ambiente; y las pupilas convertíanse volubles de un punto a otro, para encontrar siempre el encanto de visiones hermosas. El sol, en la proximidad de su ocaso, derramaba por el azul las gamas de sus rojos y amarillos. Algunas nubes viajeras recogían los rayos solares; los refractaban en matices iridescentes, y eran, suspendidas entre el agua y el firmamento, como grandes pendones de sedas cambiantes. A lo lejos, en el hemiciclo del horizonte - donde se fundían, en un solo y pálido tono violeta, los límites del océano y del espacio - destacábanse y crecían las velas de las barcas pescadoras. Y por la arena movediza de la playa, donde retumbaba el oleaje, y a lo largo de la Rambla, toda estremecida bajo el incesante taconeo, la multitud veraniega circulaba pausadamente, ante el vasto escenario marítimo. Los grupos femeninos, con su continuo vaivén, se juntaban, se unían, separábanse, en una fiesta de lujo y de coloraciones. La luz vespertina los envolvía, creándoles fondos de clarooscuro; y así emergían los cuerpos, suavizado el relieve de las cur-

vas, amortiguadas las tonalidades de las telas, como si un amoroso pincel los hubiera pintado delicadamente sobre el cristal de la atmósfera.

-Oh, ¡las mujeres! - decía uno de los tres amigos, el de los poemas parnasianos.- En este sitio, a esta hora, bajo este aire, lleno como de la total juventud del mundo, me siento capaz de amarlas a todas, fervorosa, imponderablemente, porque todas se me antojan adorables. . . Sin embargo, - prosiguió, asaltado sin duda por el reproche de un recuerdo - sólo es una la vencedora absoluta de mi corazón. La quiero, porque tiene la altivez impenetrable de una diosa. No le he revelado mi amor. . . ni lo descubro. Jamás he tratado de penetrar en su alma; pero en su cuerpo hay la magia irresistible de la línea, como en las estatuas antiguas, y eso me basta. Al contemplarla, en silencio, con arrobamiento puramente artístico, en la íntegra serenidad de sus actitudes, experimento un goce supremo. Las tempestades de la pasión no deben turbar nunca la calma soberbia, la divina plasticidad de ese ser, a quien parece que una íntima voluntad, como la ley regularizadora de un ritmo, imprime posturas y aspectos hieráticos. El dolor o la alegría, con sus gestos desordenados, alterarían el perfecto lineamiento del rostro; el placer, con sus espasmos convulsivos y sus abandonos desfallecientes, descompondría la eurytμία del busto. Por eso la amo así, siempre a distancia, objetiva y cerebralmente. Ella es en mi espíritu forma y en mi sensorio idea; y cuando la miro, mi único pesar es que no estemos en los tiempos de la Atenas de los dioses y de los poetas, de la Atenas artista, para cantarle un himno en aquellos clásicos exámetros, un himno inmortal, en la apolínea lira, mientras le daba a su carne la frescura eterna del mármol! . . . . .

-Yo -dijo el segundo, sorbiendo un poco del aperitivo cual si paladeara el sabor de un beso - no comprendo esa manera de sentir. Soy más vibrante, más real. Mi novia no tiene impenetrabilidades de diosa. Es absolutamente humana: una niña buena y linda a quien amo y de quien soy amado. . . ¡La naturaleza! Lo que es savia, flor y fruto en las plantas, y sangre, músculo, nervios en los cuerpos; lo que es movimiento y acción; lo que sufre y lo que goza; lo que vive y lo que muere; la naturaleza, con sus hermosuras y con sus defectos, con sus opulencias y con sus descomposiciones; he ahí lo verdadero, lo sólo digno de interés, de entusiasmo, de amor! . . .



A las actitudes olímpicas prefiero las sinceras del cariño: la flexibilidad cálida de la piel, en las presiones elocuentes, a la tersura glacial del mármol. Y nada hay para mí tan delicioso como los largos coloquios en los amables rincones de la sala, mientras la familia y las visitas hablan, olvidadas de la pareja, cuyos labios dicen poco, y cuyas almas piensan mucho, prometiéndose un universo de futuras concesiones. . . Ella, mi novia, criatura lógica y ardiente, será en mi existencia energía y producción. Sus brazos han sido hechos para la caricia y para el sostén; y sus senos, sus flancos, su cuerpo todo es apto a los estímulos del amor y a las gestaciones físicas, porque posee la fuerza que enardece y atrae, y la fuerza que fecunda y genera. Esposa y madre, será la fuente propicia donde se calmarán mis deseos instintivos, y el molde equilibrado donde se perpetuarán los caracteres y la esencia de mi raza! . . .

-Y yo - dijo el tercero, saliendo de su abstracción, y convirtiendo la mirada de sus ojos claros, de las lejanías del horizonte, a su vaso intacto - comprendo vuestros ideales, pero no los ambiciono; mi temperamento, espontáneamente, los rechaza. Tu amor es demasiado frío, demasiado objetivo, demasiado exterior; el tuyo demasiado terrestre, demasiado natural. . . ¡Ah, la novia como yo la sueño! Una mujer con la belleza maravillosa de María y de Afrodita, provocadora simultánea de las adoraciones más puras y de las sensualidades más audaces; de éxtasis contemplativos y de caricias delirantes. Y en la urna prodigiosa de ese cuerpo, dentro de esa carne compleja, formada como de materia y de éter, de pecado y de pureza, de barro y de cielo, que se encerrara una alma, igualmente rara, igualmente contradictoria: impulsiva y dulce, artificial e ingenua, apasionada y casta, toda candor y sensibilidad en ocasiones, y en otras toda ciencia y arcano. Que viviendo en esta época actual, de refinamientos, a veces encantadores, a veces perversos, tuviera esa inquietud morbosa, esa aspiración de impresiones nuevas, esas melancolías, esas nostalgias, vagas, indefinibles, y al mismo tiempo hondas, dominadoras; en fin, todo lo que constituye la quinta esencia del alma moderna. Que conociera el vicio - el vicio con sus seducciones mentirosas, con sus fealdades aparentemente seductoras - y conociéndolo, le repugnara, y fuese púdica y pura, perfectamente virtuosa, por convicción y no por ignorancia, pues la virtud que ignora es insegura, eventual, susceptible de sucumbir al choque de las pasiones de la carne, como el diamante falso al choque de los

cuerpos duros. . . . Sí, una mujer única, complicada y sencilla, cerebro y corazón, conjunto incomparable de modalidades extraordinarias! A una novia así, yo la amaría, la adoraría cual un místico exaltado a su deidad soberana. Y sólo ella podría amarme como lo ansío, porque me comprendería, porque sabría leer en lo más recóndito de mi espíritu, y - ¡bendita mil veces! - sería la consoladora persuasiva de mis tristezas! . . . .

-Una novia semejante, en nuestro ambiente, es un imposible - dijeron a una los dos amigos.

Y ambos clavaron en el tercero una mirada de indulgencia. Este, vuelto a su abstracción, tendía de nuevo el fulgor misterioso de sus pupilas, hasta el horizonte marino, donde el crepúsculo comenzaba a esparcir sus penumbras. Sobre la superficie crespada del océano - en la cual no se advertía ninguna de las barcas pescadoras, ya de retorno a costa - agonizaban, con reflejos temblorosos, las últimas claridades de la tarde. La concurrencia humana aminoraba a prisa; los grupos femeninos se disolvían, se retiraban, desaparecían, y la playa y la Rambla quedaban sumidas en una soledad grave, en un silencio meditabundo, como con el presentimiento de la quietud religiosa de la noche. . . En aquel instante, allá, muy cerca de la curva, entre un resplandor demorado del ocaso, surgió una vela blanca. La sombra triunfadora la deformaba y desvanecía por momentos. Y el tercero de los amigos contempló aquella silueta blanca, aquella visión efímera, aquella aparición fantástica; la contempló tristemente, como si ella fuera para él la forma tangible de su ideal de amor, surgido del mar al conjuro de sus palabras, para perderse en lo infinito. . . .